

FR. GERUNDIO.

SE LO TRAGÓ.

Bien empleado; él se tubo la culpa; que hubiera hecho lo que le mandaban; ¿pues qué, no hay mas que irse cada uno á donde se le ponga en el moño?

Hablo de *Jonás*, señores; que habiéndole dicho Dios: «oyes, chico, cójete el sombrero y el paraguas, y así pian'pianíno como que no haces nada te vas á Nínive, y les dices á aquellos facciosos, «que ya me tienen estomagado; que se preparen, porque si dentro de cuarenta dias no se acojen al indulto, sometiéndose al legitimo gobierno de su

Dios y señor, ni doy cuartel á alma viviente, ni voy á dejar lútre con cabeza. Ando, díselo así de mi parte: ¿qué hizo el bueno del plenipotenciario? En vez de ir donde le mandaban, que era á *Ninive*, como quien dice al *Contavieja* de los Asirios, yo no sé si tendría algun quebradero de cabeza allá en *Tarso de Cilicia* (regularmente, porque estas escapatorias no se hacen sino cuando andan *ellas* de por medio), lo cierto es que se las lió; tomó un bareo mercante en *Jope* (que sin duda de este hecho debe venir el llamarse en algunos países al marcharse *joparse*), y echó á andar hacia *Tarso* muy conñitado creyendo que todo le había de ir viento en popa.

Y en esto de *joparse* un prógimo á *Tarso* cuando le mandan ir á *Ninive* hay tantos *Jonás*es por esta tierra de Cristo, que no hay por donde tomarlo. El primer *Jonás* de esta clase es *Tirabeque*, que los mas de los días si le manda á algun recado á la calle de *Atocha*, se me va primero á la ancha de *S. Bernardo*, donde sin duda debe tener alguna *Tarsiense*, señora de sus *legales* pensamientos. Comandante de columna conoce mi *Paternidad* que cuando le mandan ir á destruir *Ninivitas* de *Cárlos V*, se estaciona en *Tarso*, donde está *ella*, y allá me las den todas. Parece que el infante *D. Sebastiau* tiene ya en el bolsillo sus pasaportes para *Nápoles*; pues bien; quiera Dios que en vez de ir á *Ninive*, no se embarque en *Jope* y se encaje en *Tarso*. Anúnciase tambien que á

D. Carlos se los han dado para Stíria: santas y buenas nos las dé Dios á todos: quiera el cielo que no veamos á este Jonás, no diré en Tarso de Cilicia, donde nada se le ha perdido, pero sí en Berga de Cataluña., que para el caso viene á ser *idem per idem: mutato nomine, de Berga fábula narratur.* Luis Felipe bueno y gordo á Dios gracias, ocupado en firmar pasaportes para Ninive. Monsieur *Pensamiento* tan guapo; con motivo de haberse hecho la paz de Vergara *sin intervenciones estrañas* se le ha dado el Taison de Oro, que bien lo merece. El marqués de Miraflores, nuestro embajador en Paris, tan campechano como siempre: en atención á estar tan propicio á que Jonás se *jope* donde mas convenga, se le ha espedido el título de *Duque*. Perez de Castro, tan dormidito como un liran en el banco de los ministros cuando acierta con él, pero en vista de lo bien que se porta el pobre anciano en las negociaciones sobre Jonás, dicen que se le hace Marqués de *Casa-Castro*. *Vere dignum et justum est, equum et salutare.*

Pero volviendo á la historia de nuestro Jonás, tan pronto como se embarcó en Jope levantó Dios una tormenta que parecía que el mar se lo iba á tragar todo. Los marineros echaban cada taco que se hundía el mundo, y viendo que la tempestad en vez de ir templando arreciaba cada vez mas, dijeron: «Señores, aquí hay alguno que viene en pecado reciente, y él es el que debe tener la cul-

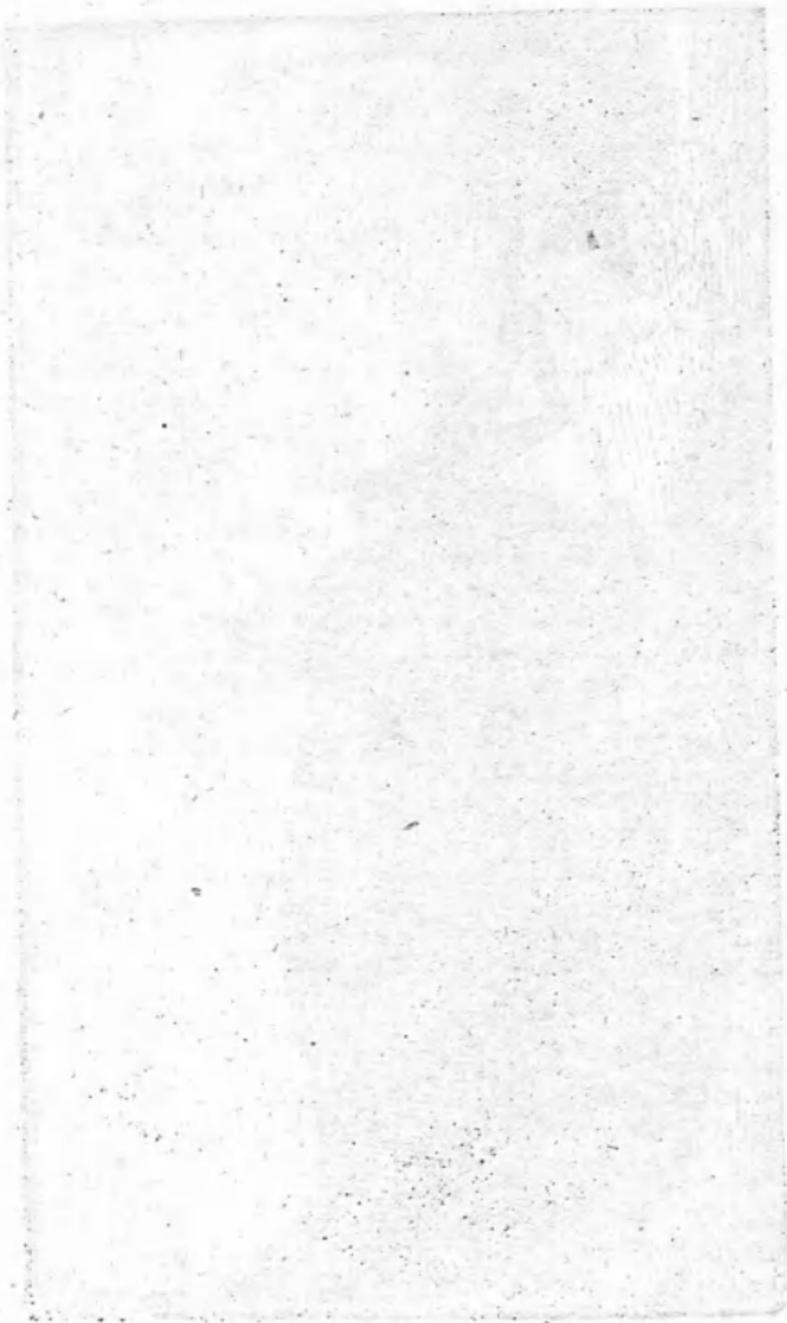
pa de lo que nos está pasando; con que á ver quién es y á la charca con él, que no está en el orden que paguemos los denas sus picardias. En efecto, echaron sueltas para ver quién era, y señaló la suerte á Jonás; con que *pláff*.... zampáronmele de cogote en la charca y la tormenta cesó. En esto se apareció allí una ballena, que es el animal marino más grande que se conoce, si se exceptua algun otro ministro del ramo que hemos tenido en España, y SE LO TRAGÓ como quien se traga un buñuelo. Bien empleado; él se tubo la culpa; si hubiera ido donde le mandaban, escusaba haberle sucedido eso.

En fin, ¿veis ese hombre entrando por la boca de ese animalucho? (véase la lámina) pues por ese estilo *se lo tragó*. Pero no crean vds. que ese es el mismo Jonás, el hijo de Amathi, natural de Gethopher en la tribu de Zabulon; no: aquel no tenía las piernas tan largas ni vestía frac como ese viste; ese es D. Juan de Dios Martín, hijo de D. Pedro Martín Arévalo, el escribano de Avila, hoy contador de rentas de la provincia por obra y gracia de su hijo Juan, de la tribu de los Arévalos y Carramolinos. Y la bestia que allí veis no es la ballena de los mares de Jope, sino el *polipatas* de las 125 patas, *monstrum horrendum, ingens, centum viginti quinque patarum*, el cual se está tragando al padre que le engendró, como había pronosticado mi paternidad gerundiana. Y el otro monstruo de menor tamaño que ahí veis tambien, es otro de



Se lo tragó.

Tom. 39 p^{ta} 154.



26 10 1830.

1830 10 26

los demas proyectos que de su cabeza salieron, y que llevaba intenciones de engullirle si el gran *Polipatos* no se hubiera adelantado á tragarle.

Se le tragó pues. Porque aunque le veis todavia con el medio cuerpo fuera, tan dentro está ya del intestino ciego del viejo como estaba Jonás en el de la ballena; y no por tres dias como el hijo de Amathi, sino por los siglos de los siglos amen. Tragó pues el monstruo de la ley de imprentas á Carramolino, y el resto permanente del ministerio retirará en seguida el proyecto-monstruo, porque no puede menos de suceder asi, sino quieren ser todos devorados.

Ministros que engendrais proyectos, miraos en ese espejo, y escarmentad. Si vuestros hijos fuesen monstruos, ya sabeis vuestra suerte: mirad á la boca del *Polipatos* y á las piernas de *Carramolino*: hoy por él, mañana por vosotros. Mirad que os lo dice Fr. Gerundio, cuyas profecias jamas fallaron. Tragó á Jonás la ballena en castigo de no haber ido á donde Dios le mandaba, tragó el *Polipatos* á Carramolino por no haber seguido la senda que Fr. Gerundio le señalaba.

Discite capillam moniti, et non temnere divos.

Virg.

Aprended á hacer caso
de la capilla,
y seguid por la senda
por donde os guía.
Pues de otro modo.

tendréis que ser tragados
por algun monstruo.

Fr. Gerundio:

EQUIVOCACION DE CAZUELAS.

Pero hombre, ¿tienes vergüenza?—¿Por qué dice vd. eso, señor?—¿Todavía preguntas por qué lo digo, lego inverecundo? ¡Las once de la noche nada menos, y aun estrañas que te pregunte si tienes vergüenza! ¿De dónde vienes á estas horas, vago de Satanás?—Señor, vengo de la ópera; ¿de dónde he de venir?—Si digo yo que tengo en tí al Jonás de la legacia eselaustrada, Lastima es que no hubieras encontrado en el camino un ballenato ó un lobo marino, ó un diablo que te tragara entero y verdadero como al otro, á ver si otra vez ibas donde te mandáran.—Pues qué, ¿no he ido yo dónde vd. me mandó?—Caballito, hombre; te mandé que fueras á ver la cena y te has ido á la ópera, con que mira si eres bien mandado.—Señor, por Dios! ¿Vd. no me dijo: «Vamos, Tirabeque, supuesto que no tienes ahora que hacer yete á ver la *Permenestra*, que es cosa que me gusta mucho, y creo que á tí tambien te ha de gustar; y teu mucho cuidado de la cazuelas—¡Jesus, Jesus! ¿Qué equivocacion tan erasa! La *menestra* te dije que fueras á ver, hombre, la *menestra*, que no la *Iprmesira*; la cena, que no la ópera, y que tubieras

cuidado de la *cazuela* del guisado, no de la *cazuela* del teatro.—Señor, así Dios me salve como entendí que me mandaba vd. ir á esa ópera que llaman la *Permenestra*: y sepa vd. que á la *cazuela* del teatro miro yo siempre con mucha atención, por causa de las hermanas que van allí.—*Ipermestra* se dice, torpe: lo mismo cambias tu *cazuelas* que títulos. Aunque á la verdad el nombre de donde toma el título no es esactamente *Ipermestra* sino *Hipermestra*.

Y vamos, ¿qué te ha parecido?—Señor, á mí me ha sucedido en la ópera lo que á los senadores en la ley de Fueros: sin entenderla me ha parecido bien, y doy mi voto al autor.—¡Oh! y bien se le puedes dar al jóven *Saldoni*, porque es una obra que le honra, y que ha merecido la aprobación y ha sido recibida con aplauso no solo en los teatros nacionales sino en los extranjeros: y creo que no tardaremos en ver otra ópera suya titulada *Cleonice Regina di Siria*, que se asegura es aun mejor que la *Ipermestra*.—Señor, es lástima que el hermano *Salmonis* sea estrangista.—No es sino español, aun cuando la terminación del apellido indique ser italiano: y por eso me complace yo en contribuir por mi parte á dar á conocer el mérito de tan distinguido artista.

¿Y qué es lo que te ha llamado mas la atención en la pieza? ¿Qué cantante ó cantantes te han parecido los mejores? Vamos á ver.—Señor, para mí todos lo hacen grandemente, y paréceme

que llevan la lección ya estudiada de antemano; pero la que mas sobresalía para mi gusto era la hermana Ipermestra.—Ah, sí, la Sra. Villó. Hasta ahora no vas desacertado.—Pero sepa vd. que salía allí un militar joven con un bigotito que decía *pantufa*; pareceme, si no me engaño, que le llamaban *el Lincéo*.—*Lincéo* sería, que es el nombre del amante de Ipermestra.—Y él sería valiente, pero lo que es para dar las voces de mando á la tropa no debía servir mucho, porque tenia una voz como una dama.—¿Con que te gustó el guerrero aquel, hé?—Me alegró, hombre, me alegró; ahora ya sé que te gusta la Sra. Campos, porque has de saber que era la Sra. Campos la que hacia el papel de *Lincéo*, ó sea del militarcito que tanto te gustó.—Señor, ya veo yo que en este Madrid de tal manera saben cambiar los sexos, que no distingue uno las mujeres de los hombres y los hombres de las mujeres. Pero por ahora gracias á Dios, nada hay perdido en el cambio, y así quisiera yo equivocarme siempre, y no vice-versa.

Y dígame vd., mi amo, ¿qué clase de persona era la señora Ipermestra?—Ipermestra era una de las cincuenta hermanas hijas de Danao....—Señor, ¿cincuenta hermanas dice vd.! ¡Alabado sea mi Dios! Y le parecía mucho al conde de las Navas que su muger le hubiese dado doce hijos, segun tubo á bien manifestarnos ayer en las cortes! ¡Yá, yá!—Pues sí, Pelegrin; y estas cincuenta herma-

nas (me parece que te he hablado ya de ellas alguna otra vez) se casaron en una misma noche con cincuenta primos suyos hijos de Egipto....—Eche, eche vd. familia, señor, que lo bueno que hay es que no tenemos que mantenerlos. Y ese Egipto de los cincuenta hijos y ese otro Danao de las cincuenta muchachas serian regularmente algunos pobres jornaleros, porque segun dijo en la sesion de antes de ayer el diputado Estevan los pobres son los que tienen mas hijos, pues las mugeres ricas, dijo tambien el señor D. Epifanio Estevan, á los tres ó cuatro partos ya quedan para no prestar.

Pues diga lo que quiera el Sr. D. Epifanio, Pelegrin, sin que esto sea negarle su inteligencia en materia de partos y procreacion, sábetse que Danao, lejos de ser ningun jornalero ni ningun pobre peléle, era nada menos que Rey de Argos. Con que mira si no son solamente los pobres los que tienen muchos hijos. Pero hijos desgraciados en verdad, Tirabeque, porque la misma noche de las bodas mataron ellas á todos sus maridos, escepto Ipermestra que perdonó al suyo; y eso creo yo (aunque no he leído el libretto) que significará el coro aquel de doncellas con puñales en la mano, que es uno de los de mas mérito de la pieza.—Señor, yo no sé, porque á mí toda la atencion me llevó el militar aquel que dice vd. que era militar.—Pues bien, ahora en castigo de haber ido á Jope en lugar de ir á Ninive, me traerás la cena,

y tu ya que preferiste ver á *Ipermesra* á cuidar de la *m. nuestra*, entretente en leer ese sermoncito que el hermano D. Pedro Arenas predicó en acción de gracias por los faustos sucesos del norte. Ahí verás que si bien ha habido eclesiásticos que en lugar de decir en el *Te-Deum* por la paz, *Te Deum laudamus*, han dicho *Te Deum rabiamus*; también hay otros que unen á las buenas ideas religiosas las mas sanas ideas políticas.—Señor, ya sé yo que hay eclesiásticos muy buenos; pero lo que es el sermón no puedo leerlo ahora, porque como me ha quedado la vista tan cansada de los estudios, á estas horas no distingo una letra: lo único que distingo bien así por el tacto son las tajadas.—Anda, maulero, cena hasta que rebientes y déjame en paz; pero cuidado no equivoques otra vez *la cazuela*.—Pierda vd. cuidado, señor, que yo no equívoco mas que lo que quiero.

OTRA ALARMA.

Trabajo tenemos los que vivimos en Madrid; no ganamos para sustos: dos alarmas en una semana ya es demasiado; y cuidado que la segunda ha sido un poco mas seria que la primera. La del domingo fue tortas y pan pintado para la del miércoles.

La una seria poco mas ó menos del miércoles 23 de octubre día de S. Juan Capistrano, las cuarenta horas en el exconvento del Cármen descalzo, ejercicios espirituales en la capilla del Monte de Piedad, y en la hóboda de S. Ginés, cuando salimos Tirabeque y yo en direccion al Congreso.

El ministro de Estado y de relaciones estrangeras habia oficiado que podian los señores diputados dar principio á la discusion de la contestacion al discurso de la Corona, una vez que terminada en el Senado la de Fueros (en la forma que mi Paternidad pensó siempre que terminaría) podia asistir ya el gobierno á las sesiones. Sin embargo (y sea esto dicho de paso) el ministro de Estado no asiste á estas sesiones á pesar de tocarle ser el primer galan en ellas, sin duda porque no encuentra la entrada al banco de los ministros. Hemos hablando de la desgracia que parece perseguir á los embajadores extranjeros en Constantinopla, pues el de Prusia *Mr. Koenigsmark* se ha roto una clavicula, *lord Pousomby* se cayó del caballo, el internuncio austriaco *Mr. de Stourmer* cayó al agua desde un bote (y aqui nos encontramos con otro Jonás: si digo yo que esta tierra de Cristo esta plagada de Jonásés), *Mr. Boutnieff* ha sido atropellado por un coche, y el almirante *Roussin* cayó del primer piso de una casa por haberse huuido el pavimento; de manera que todos han quedado medio derreugados y hechos unos Tirabeques. Hablábamos tambien de la caída de nuestro

ministro de Marina, hombre particular, que lo mismo suena caído que levantado, y de quien nadie tendría noticia si Fr. Gerundio no hubiera tenido cuidado de nombrarle alguna vez.

En estas conversaciones de mero pasatiempo íbamos engolfados, yo sorbiendo polvos y Tirabeque acabando de abrocharse los botones del chaleco, cuando nos encontramos con unas patrullas de tropa. «Patrullas de gente armada en este sitio y á tales horas! le dije á Pelegrin; ¿qué querrá decir esto?—Señor, alguna novedad mayor debe de ser: ese pícaro Cabrera me tiene á mí con cuidado.—¿Qué Cabrera ni qué ocho de bastos! Esto debe ser que el gobierno como ha sabido grangearse tanta popularidad debe temer alguna alarma en Madrid con motivo de la contestacion que se empieza á discutir hoy. Si es esto, hace muy bien en prevenirse, porque gobierno prevenido vale por dos, y ya sabes Tirabeque, que esto de bullangas no me ha gustado nunca.—¿Cómo ha de ser eso, señor? Con que se están juntando todos los días en Madrid de día y de noche treinta ó cuarenta mil almas en cualquier diversion que haya y jamás se oye una palabra mas alta que otra, y ahora habia de temer nada de cien personas decentes que van á las tribunas á oír á los Diputados. No lo crea vd., señor. Esto será que Cabrera se habrá venido cuando menos hasta las tapias del Retiro. Ahora es cuando siento yo que el gobierno haya mandado destruir tan pronto las

fortificaciones de Madrid, y que haya destinado para eso quince mil duros, que estarían mejor empleados en socorrer á viudas y cesantes.

En esto llegamos al atrio del Congreso, y me dice Tirabeque; «Señor, tiene vd. razon, que aquí está el famoso *Chico* con su compañía de esbirrios.—Vaya, pues quédate tu afuera, y cada cuarto de hora entra á avisarme si hay alguna novedad.—Corriente, señor; y vd. avíseme si por la parte de adentro hay algo.

Entró mi reverendísima persona en la tribuna, y desde luego vió en la de Senadores al capitán general con uniforme y armas. «Ola, dije, pues aquí algo hay. O el Sr. Narvaez piensa hacer aquí algun otro simulacro, ó la tranquilidad del Congreso está en grave peligro;» en lo cual me confirmé el ver en la de diputados al jefe de estado mayor tambien con armas y uniforme. Se abrió la discusion y tomó el primero la palabra mi amigo el Sr. Gonzalez Alonso. A los primeros periodos ya entró Tirabeque con el primer parte. «¿Hay alguna novedad por fuera? le pregunté.—Si señor; un yesero ha llegado á la plazuela....—¿Y qué noticias trae?—Ningunas, señor; no ha hecho mas que acercar las caballerías á la rejilla de la estatua de Cervantes, y allí están los pobres animales tan pacíficos y tan serenos como *si tal cosa*. Hasta ahora no hay señales de que se altere la tranquilidad. ¿Y por aquí adentro qué hay, señor? Parece que se ríe la gente.—Si; es que es-

tá hablando el Sr. Gonzalez Alonso, y acaba de comparar el abrazo del dia 7 á dos mozos que riñen por una novia, y al tiempo que se van á dar de palos, el uno de ellos dice una palabra de reconciliacion, dejan de reñir, se abrazan y se van á beber juntos á la taberna.—Señor, tambien me hace á mí reir esa comparacion: y me gusta, porque aunque no me parece muy propia de este sitio, hasta los legos la entendemos. Con que es decir que por aqui adentro ahora no hay cuidado, hé?—No; anda, y mira á ver si ocurre algo por fuera.

Volvió á salir Tirabeque, y yo volví á escuchar, habiendo advertido que un diputado de la mayoría miró hacia el Sr. ministro de Gracia y Justicia, lo cual no dejó de ponerme en algun cuidado; pero afortunadamente el gobierno no mostró alarmarse mucho, acaso porque felizmente no lo repararía. Un cuarto de hora habria trascurrido cuando entró otra vez Tirabeque. «¿Qué hay?—Señor, ahora pensé que se armaba: porque pasó un perro frente por frente de los leones, y le tiró un muchacho una pedrada que no le faltó un trís para darle en el hocico: por fortuna los lanceros que hay allí no lo notaron. Pero me parece que no hay cuidado, porque me han dicho que la tropa está en los cuarteles, y hay compañías de reten en varios puntos, y ademas las rondas y patrullas. Pero señor, aquí no hace la jente mas que reirse.—Es que acaba el Sr. Gonzalez Alonso de ecilar

un conjuro al Sr. Argüelles. Y anda, anda, no te descuides, no sea que suceda algo.—Voy, señor; pero veo que la cosa está mas seria por allá afuera.

Salió Pelegrin, y mientras él dió una vuelta por la plazuela de las cortes dió el Sr. Gonzalez Alonso tres ó cuatro por la Habana y Puerto-Principe. Cuando volvió me traia el parte escrito con un lapicero y decia asi: «Campanento de la plazuela de las córtes á las tres de la tarde.—A esta hora todavía no se han roto las hostilidades: el pueblo está como Perez de Castro, ni pena ni gloria: el zapatero de enfrente está cebando unas medias suelas con toda serenidad: le he preguntado si le han hablado de la contestacion al discurso de la corona, y me ha respondido que le deje en paz, que para él no hay mas coronas ni mas discursos que si le llevan zapatos que remendar. Las escuadras inglesa y francesa dicen que estan todavía hácia los Dirdipelos: y por la parte del Retiro cantan los ruinseñores mejor que lo puede hacer aqui un diputado por buena voz que tenga. Mi amo Fr. Gerundio puede estar sin cuidado, que la tropa y Tirabeque vigilan el pueblo.—*Pelegrin.*—¿Y por aqui hay algo, señor?—No, pero dile á *Chico* al paso que salgas, que recomiende la vigilancia á la guardia de la entrada principal, y á la de la calle del Sordo, igualmente que al centinela que está junto á la iglesia de los Italianos. Y dile tambien que no deje de arrimarse cuanto pueda donde quiera que vea

hablar, y aplique bien el oído, y que media palabra sospechosa que oiga eche mano al sugeto, porque toda precaucion es poca en casos como este.

Volvió Tirabeque á salir, y volvió á entrar á las cuatro. Este parte decia: «Tirabeque da parte de que la jente se va saliendo del Congreso, y se observa que cada uno se va á comer á su casa: y se lo avisa á su amo por si no se acuerda de que es ya hora de tomar algo. Por lo demas..... NO SE MUEVE UNA PAJA.» *Pelegrin.*—Pero señor, aqui hay algo, que se oyen muchas voces.—No es nada; es el Sr. Alonso (D. Juan Bautista) que empieza siempre dando voces y concluye lo mismo.

Nos salimos, y el Sr Alonso quedó voceando. Hoy jueves cuando esto se escribe ha continuado la discusion de contestacion á la corona; y el zapatero sigue tan tranquilo acabando de echar sus medias suelas, y Tirabeque riéndose del ridiculo miedo del gobierno, y de la farsa degradante del miércoles.

